

LAS CARTAS

QUE REVELAN LAS BAMBALINAS DEL BOOM

Hecha de leyendas y novelas cumbre, la historia de la generación del Boom latinoamericano ha sido examinada mil veces y ahora un libro viene a documentar su trayectoria íntima: "Las cartas del Boom" recoge la correspondencia por más de 10 años entre Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Julio Cortázar. Es un relato coral sobre las dificultades de escribir, pero también sobre el triunfo de un grupo que renovó las letras en el siglo XX.

ROBERTO CAREAGA C.

“Pido tu colaboración para salvar la novela latinoamericana”, le escribió el 7 de diciembre de 1966 Gabriel García Márquez, desde México, a Carlos Fuentes, que en ese momento estaba en Francia. Llevaban años conversando, la mayor parte del tiempo en misivas que cruzaban fronteras. Se contaban sus proyectos de libros, elaboraban estrategias para vivir de lo que escribían y reflexionaban sobre el destino de la literatura del continente. Eran amigos que compartían una red de apoyo internacional. Y sabían de las necesidades básicas de cualquier colega. “Mándame (cigarrillos) Gauloises Bleues a (Mario) Vargas Llosa en Londres. Está desesperado, como me sucedió a mí en esa ciudad, con la dulzura del tabaco inglés, y como consecuencia se le ha atorado la novela. Yo le estoy mandando con todo el que va a Londres un cartón de Elegantes, y he desplegado la red de la mafia para que también le manden cigarrillos colombianos”, agrega Gabo en su urgente petición.

Pero quizás a esas alturas la novela latinoamericana ya estaba salvada. En la misma carta, García Márquez le contaba a Fuentes que por fin “Cien años de soledad” se está convirtiendo en realidad: su editorial, la argentina Sudamericana, le acaba de informar que la publicará en cinco meses más y la tratará como “el libro más importante del año”. El 1967, ese es el año: además del éxito internacional en que se convirtió la novela sobre la familia Buendía, Fuentes ganó el Premio Biblioteca Breve con el libro “Cambio de piel” y Vargas Llosa se quedó con el Rómulo Gallegos por “La casa verde”. “Yo tomo mi matecito por la tarde y estoy tan bien en París”, le decía a esas mismas alturas Julio Cortázar a Fuentes, que ya había remecido la literatura en español con “Rayuela”.

Figuras estelares del boom de la novela latinoamericana de los 60 y 70, García Márquez, Fuentes, Cortázar y Vargas Llosa conformaron durante más de una década un círculo de amistad enhebrado por intercambios literarios. Fueron en público las caras visibles de una renovación narrativa a nivel mundial y, a la vez, mantuvieron una conversación fluida que ahora aparece en el libro “Las cartas del Boom”. Es un volumen que reúne por primera vez los intercambios epistolares de los cuatro autores que, un poco en broma y un poco en serio, Gabo llegó a llamar “mafia”: en 207 misivas fechadas básicamente entre 1955 y 1976 se muestran las bambalinas del movimiento, desde sus primeros acercamientos hasta los quiebres políticos que disolvieron la cofradía. Es un relato coral que avanza cronológicamente.

“Los años clave de ‘Las cartas del Boom’ narran el momento de máximo auge de este cuarteto, un momento en el que los creadores parecían haber empezado a escribir menos solos para tocar en conjunto como parte integral de una misma literatura”, dicen los editores de “Las cartas del Boom”,

SIGUE EN E2



FRANCISCO JAVIER GLEA

E 4 El largo recorrido de Gerardo Zenteno, pintor de íconos.

E 9 A la luz de Joy Williams. La columna de María José Navia.

E 10 La vida en Berlín de la artista visual chilena Paula Anguita.



ACABA DE LANZAR UN NUEVO LIBRO

José Miguel Ibáñez: “Sin la belleza, el arte pierde su brújula”

“La habitación roja” de Matisse, “El circo azul” de Chagall, la “Sinfonía del nuevo mundo” de Dvorak, unos versos de Pound. La idea de belleza y sus expresiones en el arte son abordadas por el sacerdote y crítico en una nueva publicación. “Cuántas más lecturas, más audiciones, más ‘miraciones’ se lleven en la vida, más cerca se estará del gusto cualificado”, comenta. Pero agrega que “todo gusto es falible”. E 8

FELIPE BAEZ B.

Las cartas que revelan...

VIENE DE E1

Carlos Aguirre, Gerald Martin, Javier Munguía y Augusto Wong Campos. Si no son pocos quienes trabajaron es porque el material del volumen es escurridizo: Cortázar y García Márquez casi no guardaron ninguna carta; Vargas Llosa, solo las que recibió, y Fuentes, con pulso histórico, archivó las que enviaba y las que llegaban. Acaso por eso, el mexicano aparece en el volumen como un gestor incansable, no solo de la amistad que unió al grupo, sino también de su promoción internacional.

Partir de cero

“¿No te sucede que cada buena novela latinoamericana te libera un poco, te permite limitar con exaltación tu propio terreno, profundizar en lo tuyo con una conciencia fraternal de que otros están completando tu visión, dialogando, por así decirlo, con ella?”, le escribió Fuentes a Cortázar en julio de 1967. Y no era el único que tenía esa idea: el mismo argentino le había dicho ya, que al leer su novela “La región más transparente” (1958), entendía que había una identidad que los unía. En 1968, Vargas Llosa le dijo a García Márquez: “Yo creo que lo que estamos haciendo nosotros es una sola novela. Por eso, cuando estoy tratando un cierto aspecto, sé que tú estás tratando otro, que Fuentes está interesado en otro que es totalmente distinto al que tratamos nosotros, pero son aspectos de la realidad latinoamericana”.

“Esta literatura es una mierda: te abandona cinco años y después te atropella, exigiéndote cosas que están por encima de las posibilidades por cuestiones de tiempo”, le escribió García Márquez a fines de 1965 a Carlos Fuentes, cuando llevaba demasiado tiempo dedicado exclusivamente a la escritura de la novela “Cien años de soledad”. Gabo y Fuentes era amigos cercanos y los registros de sus cartas en el libro aparecen cuando la confianza ya está abierta. “Mi drama es que toda la vida he trabajado como un burro para ganar dinero, y no he podido aprender a arreglármelas para escribir mis libros, que a partir de este momento es lo único que me interesa”, añade en la misma carta el colombiano, por entonces de 38 años, y que ya tiene entre manos la idea para “El coronel no tiene quien le escriba”.

Cosmopolita y entusiasta, Fuentes es de cierta manera quien hila “Las cartas del Boom”. Es él quien en 1955, a los 27 años, escribe a París a Cortázar para pedirle un cuento para una revista que edita en México. Lentamente, la conversación avanza, afianzándose en lecturas de ida y vuelta: “De ‘Aura’ (novela de 1962 de Fuentes) ¿qué te voy a decir con palabras? Es tan maravilloso que cuando Aurora (la esposa del argentino) y yo acabamos de leerlo, la misma noche, nos quedamos mirándonos y no se nos ocurrían más que palabras vacías”, le escribe Julio. Poco después, este le responde, asombrado, al leer “Rayuela”: “¿Por dónde empezar? ¿Qué puedo decirte? ¿Que jamás, en la literatura latinoamericana —y me quedo corto— he vivido más intensamente una novela?”.

Fuentes nunca se queda solo en las alabanzas en las cartas. Luego de enviarle una elogiosa nota a Vargas Llosa por su novela “La ciudad y los perros”, le pide que le avise cuando esta se publique en Estados Unidos para “dispararle oportunamente” una reseña al New York Review of Books. Contactado con el mundo, sistemáticamente está desarrollando proyectos editoriales y lanzando propuestas a sus compañeros: ofrece los servicios de su agente en Estados Unidos, Carl Brand; informa que Luis Buñuel está obsesionado con llevar tal o cual libro al cine; opina con datos si es mejor editorial Sudamericana o Seix Barral, arma antologías en inglés y llega a elaborar un proyecto que une a todo el continente: un libro llamado “Los patriarcas”, en que escribirían sobre su país el paraguayo Augusto Roa Bastos, el venezolano Miguel Otero Silva, el cubano Alejo Carpentier, el chileno Jorge Edwards, además de Gabo, Vargas Llosa y Cortázar.

Desde París, Fuentes le escribe a García Márquez en 1966: “Aquí todo se organiza, las antenas se salen como un bosque del coco, el olfato se te afila: estás frente a todas las correspondencias, las tienes a la mano: la filosofía de Foucault + el cine de Bresson + la pintura de Cremonini + la estética de Tapiés + el teatro de Mrozek y Weiss + el estructuralismo de Lévi-Strauss + las canciones de Raimon, etc., etc.”. Gabo recibe la carta en México, atorado con los Buendía y buscando que alguna universidad de Estados Unidos lo acoja ante mes. En Francia, Cortázar trata de vivir aparte



Gabriel García Márquez y Julio Cortázar fueron los más descuidados con sus cartas: no guardaron las suyas ni las que les llegaron.

El foco neurálgico de la narración está hoy en América Latina y ahí tienen que nacer la energía, los mitos, los procedimientos capaces de salvar el género”.

MARIO VARGAS LLOSA, 1964

“Master querido”, solía escribirle Gabriel García Márquez al empezar sus cartas a Carlos Fuentes.



¿No te sucede que cada buena novela latinoamericana te libera un poco, te permite limitar con exaltación tu propio terreno, profundizar en lo tuyo con una conciencia fraternal de que otros están completando tu visión?”.

CARLOS FUENTES, 1967



García Márquez, Jorge Edwards, Mario Vargas Llosa, José Donoso y Ricardo Muñoz Suay, en Barcelona en 1968.

No solo hemos partido de cero, sino de más atrás, y si a pesar de eso estamos avanzando, es algo que merece ser reconocido con cojones y no con gacetillas de compromiso. Como siempre, los observadores de nuestra vida cultural están esperando que sus realidades se las manden a decir de Europa”.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, 1966

Carlos Aguirre, editor: “En las cartas se refleja un grado de complicidad difícil de encontrar en otros grupos”

La idea fue de Augusto Wong Campos: organizar la correspondencia de los cuatro grandes escritores del Boom y ponerlas juntas en un solo libro para leerla de corrido. “Leídas así, pronto descubriríamos, adquirirían un nuevo sentido y permitirían iluminar de otra manera las relaciones entre ellos y su ubicación individual y colectiva dentro del amplio y diverso panorama de la literatura y la cultura latinoamericanas”, cuenta Carlos Aguirre, uno de los editores de “Las cartas del Boom”. Y añade: “Creo que es lícito afirmar que esta organización era la única que permitía capturar en toda su complejidad ese ‘momento’ de la historia y la literatura latinoamericanas que fue el Boom”.

—¿Las cartas muestran que estos cuatro autores se constituyeron como un grupo? ¿Creían que tenían un peso particular en la historia de la literatura latinoamericana?”

“Las cartas muestran el proceso que condujo a la constitución de un grupo de escritores y amigos que tenían muchas cosas en común, incluyendo la aspiración de escribir novelas ambiciosas capaces de renovar la literatura latinoamericana y, en el plano político, su identificación con posturas de izquierda y su simpatía por la Revolución cubana. No se trató de un grupo formalmente establecido, pero sí de un cuarteto que empezó a funcionar como extensión de cada uno de ellos. En las cartas se refleja un grado de intimidad y complicidad que es difícil encontrar en otros grupos similares; de hecho, son numerosas las cartas cruzadas entre dos de ellos en las que aparecen referencias a los otros miembros del cuarteto. También se percibe en esas comunicaciones la conciencia que tenían de que lo que estaban haciendo era importante: estaban convencidos de que estaban efectivamente contribuyendo a renovar la literatura latinoamericana. La idea, varias veces repetida, de que ellos estaban escribiendo conjuntamente ‘una misma novela’ resume bastante bien cómo se percibían al interior del campo literario latinoamericano”.

—¿Qué tan importante fue que se leyeran manuscritos y opinaran sobre los textos de los otros?”

“La lectura y comentario tanto de manuscritos como de libros ya publicados fueron decisivos en el desarrollo de sus trayectorias individuales y en la configuración tanto del Boom en general como de este grupo en particular. Los elogios y las críticas que cada uno de ellos recibía de sus colegas y amigos constituyeron, sobre todo en los años iniciales, un estímulo muy importante. El cuarteto se juntaba para afirmarse, colectivamente, como abanderados de la nueva literatura latinoamericana, y lo hacía en el momento en que aparecía la novela más importante e influyente del Boom”.

—El libro deja clara una sospecha: el rol de representante del grupo que ocupó Carlos Fuentes. ¿Fue efectivamente importante para el destino internacional del Boom?”

“Fuentes fue, sin duda, el más activo promotor de lo que empezó llamándose ‘nueva novela latinoamericana’ y luego se bautizaría como el Boom. Lo hizo con una energía y generosidad que destacan por sobre cualquier otro escritor o crítico de esos años: escribía reseñas, daba entrevistas, promovía traducciones, recomendaba editoriales, escribía ingentes cantidades de cartas, organizaba encuentros... Sin estar a la misma altura, los otros integrantes del cuarteto desempeñaron también un papel importante en ‘el destino internacional del Boom’: formaron parte de redes de amistad y colaboración; viajaron con frecuencia a Cuba y otros destinos; participaron en coloquios y jurados de premios literarios; firmaron comunicados y manifiestos. El cuarteto se fue ‘haciendo’ como resultado de todas esas intervenciones. Un dato que puede resultar sorprendente es que los cuatro estuvieron juntos una sola vez, en agosto de 1970 (en Avignon y Saignon, en Francia), cuando el comienzo del fin del Boom aparecía ya en el horizonte. Fue la correspondencia, hasta cierto punto, el vehículo que hizo posible articular esa combinación de amistad, admiración mutua, lecturas cruzadas y proyectos comunes que dio sustento al grupo central del Boom”.

de cualquier grupo, y Vargas Llosa trabaja en Londres. Un día le llega una carta de García Márquez y, pronto, entre el colombiano y el peruano se abre una amistad, también hecha de elogios que van y vienen.

Amistad y lejanía

García Márquez le dice a Vargas Llosa que su novela “La casa verde” es monumental, y el peruano le responderá con una reseña de “Cien años de soledad” que asombra al colombiano: “Es lo mejor que he leído sobre la novela, y ahora no sé muy bien dónde meterme, en parte agobiado, y en parte avergonzado, y en parte muy jodido por no saber qué hacer con esa papa ardiente que me has tirado”, le dice. Y en una carta siguiente, Gabo habla de la posibilidad de que escriban una novela histórica a cuatro manos, empresa en la que el peruano estaba montado: “A mí me parece fascinante, la posibilidad de dinamitar la patriotería convencional es sencillamente estupenda”.

Casi no hay registros de las cartas de Vargas Llosa a García Márquez, pero ambos van a coincidir en una idea que le transmiten en misivas a Fuentes. “El foco neurálgico de la narración está hoy en América Latina y que ahí tienen que nacer la energía, los mitos, los procedimientos capaces de salvar el género, que aquí en Europa todos parecen decididos a liquidar de un modo o de otro”, sostiene el peruano en 1964. Mientras dos años después, el colombiano cree que son un grupo de autores que apenas tiene algo que heredar de los narradores latinoamericanos anteriores a ellos. “No hicieron sino sembrarnos escollos en el camino, y nosotros enfrentamos el problema de descuartar la enmarañada selva de falsedades que ellos inventaron para después explorar la selva original. No solo hemos partido de cero, sino de más atrás, y si a pesar de eso estamos avanzando, es algo que merece ser reconocido con cojones y no con gacetillas de compromiso. Como siempre, los observadores de nuestra vida cultural están esperando que sus realidades se las manden a decir de Europa”, dice.

Como cuentan los editores de “Las cartas del Boom”, el grupo de los cuatro escritores pocas veces menciona a otros narradores salvo ellos. Nunca hay una reseña a alguna mujer, cuando incluyen a Alejo Carpentier suelen tener dudas (Cortázar no lo acepta) y por acá y por allá aparece José Donoso. En los años en que el escritor chileno batallaba por escribir “El obscuro pájaro de la noche”, García Márquez le cuenta a Fuentes de un episodio médico que lo llevó a caer internado en el estado de Iowa. “A Pepe Donoso tuvieron que dormirlo varios días porque lo venía el terror a la muerte. Ya está mejor, pero creo que no va a poder con el paquete”, le dice el colombiano, que más allá se enteró de que el libro viene bien: “La neurastenia, cuando es de ese tamaño, tiene que servir para algo”, dice.

Hacia inicios de los 70, la correspondencia se vuelve cada vez más esporádica. En parte, porque los cuatro escritores viven en Europa y se ven con más frecuencia. También empiezan a aparecer las diferencias políticas. La Revolución cubana primero los une, pero luego los distancia. La persecución de Fidel Castro con el escritor cubano Heberto Padilla es el punto de quiebre, especialmente cuando Cortázar se resta de una carta contra Cuba. Luego, pide que lo saquen de la revista Libre, que se muestra opositora al régimen castrista: “Tu actitud y la mía tomaron sus rumbos propios”, le dice Cortázar a Vargas Llosa en abril de 1972. “En modo alguno me desvinculo de ti como escritor y como amigo en esta circunstancia; pero creo que te darás clara cuenta de que tampoco puedo acompañarte cuando nuestros criterios frente a lo de Padilla han provocado las consecuencias que conocemos de sobra”, añade.

“Con la misma sinceridad e idéntico cariño déjame decirte que tu decisión me entristece, porque contigo los lectores de la revista pierden a un colaborador de la más alta categoría, y también porque mucho me temo que tu partida no contribuirá a combatir ese maniqueísmo y esos malentendidos que, como me dices tan justamente en tu carta, caracterizan a nuestro subdesarrollo, sino más bien a fomentarlos”, le responde Vargas Llosa a Cortázar en mayo de 1972. La amistad no se rompe entre ellos, pero toman caminos políticos distintos. Las cartas del grupo bajan en frecuencia, aunque Fuentes sigue como un grillo planeando estrategias para lo han conseguido.



“LAS CARTAS DEL BOOM” Alfaguara, 568 páginas, 2023. Llega a Chile el segundo semestre. Disponible en e-book a \$9.900. Correspondencia